

LA OLVIDADA GUERRA DE ETIOPÍA

Relevancia geoestratégica de Etiopía

En la actualidad hay una pugna internacional entre grandes potencias para acaparar recursos en países africanos y el Cuerno de África, en particular, es clave por su posición estratégica, siendo alarmante su alto grado de inestabilidad, que favorece a islamistas radicales y piratas: Somalia es un Estado fallido y la guerra de Etiopía ha debilitado al principal país del área. En efecto, Etiopía es el segundo país más poblado de África, tras Nigeria: en 1990 tenía unos 48

millones de habitantes, en 2010 unos 83 y en el 2022 unos 115. Por lo demás, Etiopía es uno de los países africanos que tiene una larga tradición estatal y, junto con Liberia, el único no sometido al colonialismo europeo, salvo el paréntesis de la ocupación italiana entre 1935-36 y 1941. No obstante, se trata de un Estado frágil, atravesado por varias insurgencias antigubernamentales, guerrillas separatistas y conflictos interétnicos en la región de Oromia y en el Ogadén (en los territorios de Afar y Somalí y además con disputas fronterizas).



REUTERS

Fuente: Reuters. Presidente Abiy Ahmed Ali.

Tras la caída del régimen marxista-leninista del dictador Mengistu Haile Mariam (la *República Democrática Popular de Etiopía*) – que estableció un rígido sistema centralista- se dio paso a un modelo federal étnico (la *República Democrática Federal de Etiopía*) al crearse diez regiones más dos Ciudades Autónomas (denominado *Kililoch*), lo que reforzó las identidades tribales en detrimento de la solidaridad cívica panetíope. En realidad, el único gran aparato estatal común es el Ejército, claramente sobredimensionado, formado por unos 180.000 militares, y es el que detenta un papel político condicionante muy relevante. Tras la dictadura comunista, que alineó Etiopía con la URSS, el nuevo régimen fue hábil a la hora de combinar los intereses de los EUA, la UE, China y Oriente Próximo; a la vez que consiguió establecer la sede de la Unión Africana en Adís Abeba. Este eclecticismo internacional le permitió influir en Somalia, los dos Sudanes y Uganda.

Evolución histórica

Etiopía consiguió preservar su independencia como Estado derrotando a Italia en 1895-96 – algo que causó una gran conmoción pues pareció inconcebible que un Ejército europeo perdiera la guerra frente a un Imperio africano reputado premoderno- hasta la invasión de Mussolini en 1935-36 para vengarse de aquella humillación histórica. Esta segunda guerra fue especialmente brutal por el uso por parte de las tropas italianas de gas mostaza y de bombardeos aéreos masivos.

Tras esta ocupación ilegal, Italia abandonó la Sociedad de Naciones, pero al estallar la II guerra mundial Etiopía resultó indefendible y los británicos derrotaron a los italianos en fecha tan temprana como 1941 y restablecieron en el poder al emperador Haile Selassie.

Etiopía prácticamente sólo ha conocido regímenes autoritarios de diverso signo liderados por “hombres fuertes”: el propio Haile Selassie, Mengistu y Zenawi. El actual Presidente, Abiy Ahmed Ali, pareció invertir esa tradición, pero la guerra del Tigray ha implicado la liquidación del incipiente pluralismo, lo que confirma que la cultura democrática es muy frágil en ese Estado y, además, está lastrada por las tensiones etnoterritoriales. Esto ya arranca de la fallida federación entre Etiopía y Eritrea en 1952 y la incorporación forzosa del segundo territorio en 1962 que provocó la aparición de un poderoso movimiento guerrillero que conseguiría imponerse en 1991, de tal suerte que Etiopía no tuvo más remedio que reconocer la independencia de Eritrea en 1993 tras un referéndum local aplastante (95% a favor de la independencia). No concluyeron aquí las tensiones entre los dos países por la delimitación de las fronteras definitivas y, tras varios choques militares, se acabarían acordando entre 2000 y 2002.

El régimen del *Derg* (la Junta Militar presidida por Mengistu entre 1974 y 1991) sobrevivió a la guerra con Somalia (1977-78) gracias a la URSS, pero su implacable autoritarismo (el “terror rojo”)

y su ineficiencia económica y social acabaría provocando una exitosa rebelión liderada por Meles Zenawi, dirigente de la coalición del *Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope* (FDRPE), que concluiría con el exilio de Mengistu a Zimbabue. El FDRPE gobernó en régimen de práctico monopolio político y fuerte autoritarismo entre 1991 y 2018 y, por cierto, con un decisivo peso de las élites tigrinas: Zenawi adoptó el modelo del desarrollismo estatista propio de los autoritarismos asiáticos que, de entrada, pareció funcionar, y asimismo se benefició de la complacencia de los EUA por su lucha contra el islamismo radical.

Desde que Ahmed llegó al poder en 2018- tras el breve paréntesis de Hailemariam Desalegn- las tensiones con las élites tigrinas aumentaron y aquél acabó expulsándolas de las principales instituciones del Estado federal etíope por bloquear la transición hacia el pluralismo. En efecto, de entrada, Ahmed procedió a importantes cambios: liberó presos políticos, legalizó a grupos de la oposición antes proscritos, nombró a mujeres Ministras (nada menos que el 50%) y se propuso superar los conflictos étnicos. Debe recordarse que Ahmed es de la etnia oromo (por primera vez los tigrinos fueron desplazados), de padre musulmán y de madre cristiana ortodoxa (de la etnia amhara). A los tres meses Ahmed sufrió un fallido atentado y en junio de 2019 tuvo que hacer frente a un intento de golpe de Estado que provocó la muerte del Jefe del Estado Mayor de Etiopía y de un dirigente regional amhara:

aunque la situación pudo controlarse fue un claro síntoma de la fragilidad institucional del país. Ahmed creó una nueva formación política en diciembre de 2021, el Partido de la Prosperidad (PP), resultado de la fusión de cuatro partidos del desgastado FDRPE, pero los dirigentes regionales del Tigray se negaron a integrarse en aquél y mantuvieron su propia organización, el *Frente de Liberación del Pueblo de Tigray* (FLPT). Este Presidente fue más favorable a un modelo económico mixto e intentó reforzar el sentimiento cívico panetíope.

En las elecciones del 21 de junio de 2021 para designar a los 547 miembros de la Cámara de Representantes populares el PP arrasó. Estas elecciones se celebraron con escasas garantías y en 1/5 de las circunscripciones no se pudo votar por la situación bélica o por el boicot de grupos opositores: de los 115 millones de etíopes sólo se registraron 37 millones. Es cierto que Ahmed recibió el Premio Nobel de la Paz en diciembre de 2019 por haber conseguido un acuerdo definitivo con Eritrea (y su Presidente Isaías Afwerki) – tras veinte años sin poderlo cerrar- y por favorecer las negociaciones entre los dos Sudanes. Sin embargo, el estallido de la guerra en el Tigray restringió el pluralismo y se ilegalizaron grupos opositores (el activista oromo Jawar Mohamed fue encarcelado): aunque sobre el papel hay 45 partidos registrados, eso no es más que una ficción; la única oposición mínimamente operativa está representada por *Ciudadanos Etíopes por la Justicia Social* (EZEMA) de

Berhanu Nega, exalcalde de Adís Abeba. Por tanto, Ahmed es otro ejemplo de Presidente decepcionante por su creciente autoritarismo represivo.

La desastrosa situación económica y social

Etiopía es uno de los casos más significativos de influencia del modelo chino, es decir, de capitalismo de Estado intervencionista y autoritarismo político. El proyecto de convertir al país en un motor económico continental pareció configurarlo como potencia emergente, pero la ineficiencia económica de los sucesivos gobiernos lo ha impedido y aunque existen algunos parques industriales (diez, seis públicos y cuatro privados que dan empleo a 80.000 trabajadores), Etiopía sigue siendo uno de los países más pobres del mundo y ocupa el puesto 173 sobre 187 en el índice de Desarrollo Humano (los datos son de 2014 y han empeorado con la actual guerra). El faraónico proyecto de construir una presa en el Nilo para obtener autosuficiencia eléctrica ha provocado fuertes tensiones con Estados vecinos y con Egipto, no habiéndose puesto fin al inmoderado uso del agua en un país muy seco.

Etiopía tiene una economía muy atrasada y vulnerable: ni el árido clima (con frecuentes plagas), ni las tensiones etnoterritoriales que han casi desbaratado el mercado interior, ayudan; lo que provoca hambrunas y desplazamientos de población. Además, el sistema fiscal etíope es muy rudimentario (apenas recauda el 8% del PIB

en impuestos), la deuda externa es enorme y el país dispone de pocas divisas, con excepción de las chinas. Efectivamente, es cada vez más alta la presencia de China en algunos países africanos desde los años ochenta y en condiciones muy favorables para sus intereses, habiendo penetrado en comercio, inversiones, créditos, transferencia tecnológica y compra de tierras. Los préstamos chinos en Etiopía han permitido construir infraestructuras: líneas de ferrocarril (Adís Abeba- Djibouti, 759 kms.) gracias a bancos y empresas chinas (*Exim Bank of China*, *China Railway Group* y *China Engineering Construction Corporation*) y autopistas (Adís Abeba- Adema). Además, está contribuyendo al despliegue de internet y de las telecomunicaciones (con empresas chinas: ZTE y Huawei), ha vendido diez buques de carga y ha prestado importantes cantidades (13.700 millones de dólares desde 2000), lo que ha convertido a China en uno de los principales acreedores de Etiopía.

El conflicto del Tigray

En cuanto el Presidente Ahmed acusó a miembros del FLPT de haber manejado irregularmente fondos públicos, sus líderes decidieron romper con él para evitar ser juzgados. El pretexto fue la suspensión de las elecciones de 2020 por la pandemia, pero en Tigray se convocaron comicios regionales en contra de la orden del poder federal que no reconoció sus resultados, a la vez que Debretsín Gebremichael se proclamó Presidente del territorio. La guerra estalló en

noviembre de 2020 cuando el FLPT atacó una base militar federal en Mekelle y, a partir de ahí, han sido reiteradas las violaciones de los derechos humanos por las dos partes enfrentadas. De entrada, las tropas federales fueron avanzando, pero después el FLPT revirtió la situación y su contraofensiva se aproximó a unos 200 kms. De Adís Abeba. Este avance fue frenado *in extremis* por las tropas federales y el FLPT se retiró a su feudo norteño, estando la actual situación en tablas. El estallido de la violencia ha sido catastrófico en todos los sentidos, algo agravado por la terrible crisis climática que asola al país. El Tigray está sometido a un severo bloqueo por parte del Gobierno federal que ha provocado un enorme desastre humano en la zona en la que ya antes apenas había servicios básicos: el 90% de los tigrinos necesita ayuda urgente y no es nada fácil poder proporcionar agua, alimentos y medicinas a la región. De un lado, los dos bandos han cometido atroces crímenes de guerra (en particular, son numerosas las violaciones de mujeres), y de otro, se está usando el hambre como arma de presión. Este conflicto armado está provocando un gran movimiento de desplazados y refugiados- unos dos millones- que ni los dos Sudanes ni aún menos un Estado fallido como Somalia están en condiciones de poder acoger.

En suma, no hay solución militar para el conflicto pues ninguno de los dos bandos puede imponerse claramente y, por si faltaba algo, esta situación está favoreciendo la infiltración de *Al Qaeda* en el Tigray. El trasfondo de la guerra refleja asimismo el choque de dos visiones

políticas: el FLPT defiende la secesión, una eventual (e inviable) unión con Eritrea o, en su caso, una laxa confederación etíope sobre bases étnicas (los tigrinos son el 6% de los etíopes), mientras que el Gobierno federal pugna por una centralización panetíope sin dobles ciudadanía.

Los actores en juego

Con la guerra el régimen de Ahmed se ha endurecido: intimidaciones, detención de opositores, restricciones informativas y control telefónico y de internet, lo que no hace más que reiterar una larga e infausta tradición histórica represiva. Desde que se aprobó el estado de emergencia en noviembre de 2020 cualquier crítica al Gobierno puede ser considerada como “terrorismo” y todo ciudadano sospechoso de “cooperar con grupos terroristas” puede ser inmediatamente detenido *sine die*. Por tanto, un dirigente que parecía un serio reformista ha acabado actuando como un autoritario más, tal como los informes de Amnistía Internacional y *Human Rights Watch* confirman.

Ahmed ha recibido apoyos militares de China, Irán, Turquía y Eritrea, mientras que el FLPT sólo cuenta con cierta colaboración del clandestino Ejército de Liberación Oromo. En efecto, el conflicto del Tigray se está expandiendo a otras regiones etíopes, una prueba más de las tensiones interétnicas. Ahmed ha defraudado a una parte de su propia comunidad étnica pues muchos oromo le acusan de traición, especialmente tras el no esclarecido asesinato del popular cantante oromo

Hachalu Hundessa. Por tanto, el principal riesgo para el Estado etíope radica en la creciente confrontación entre el Tigray en el norte, Amhara en el centro-norte y Oromia en el centro y centro-sur.

El Gobierno federal ha acusado a los EUA y a algunos Estados europeos de complicidad con el FLPT, de ahí que aquellos hayan aconsejado a sus ciudadanos salir de Etiopía cuanto antes, a la vez que amenazan con sanciones económicas por los crímenes de guerra y la arbitraria represión. Por su parte, la UE ha proporcionado 70 millones de euros en ayuda humanitaria desde noviembre de 2020 y en 2021 se presupuestaron 85 millones más: a su vez, se ha creado un puente aéreo al

Tigray que ha llevado 15 toneladas de alimentos, pero es una cantidad insuficiente porque la hambruna severa afecta a casi diez millones de personas en la zona del conflicto. Pese a su modesta fuerza internacional no es nada desdeñable el papel diplomático que está intentando tener Italia como antigua potencia colonial, entre otros factores porque parece que todas las partes en conflicto no se cierran a una eventual mediación de este país, lo que abre una pequeña puerta de esperanza para este atormentado país que sufre una guerra que ha dejado de aparecer en los medios de comunicación del mundo desarrollado.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera Prat

Catedrático de Ciencia Política

Universidad de Barcelona



Fuentes de referencia:

- G. Ballarini y R. Zordan: “Quante Afriche in Africa?”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 12, 2015.
 - A. Colom Jaén: “L’impacte de la Xina en l’economia política de l’Àfrica del segle XXI”, *Idees*, 56, 2022.
 - W. Gumede: “La Chine en Afrique”, *Politique Interntionale*, 137, 2012.
 - N. Lippolis: “Etiopía. ¿Un modelo para África?”, *La Vanguardia Dossier*, 74, 2019.
 - M. Lozano Alonso: *Historia de Etiopía*, La Catarata, Madrid, 2022.
 - F. Pérez: “East Asia has delinked. ¿Can Ethiopia delink too?”, *Review of African Political Economy*, 1-17, 2021.
-



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

FEBRERO 2022

Publicado por:



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Con el apoyo de:



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.
